

A man with a beard and short hair, wearing a dark t-shirt and riding boots, is riding a dark horse with a white blaze on its face. The background is a hazy, dusty landscape with some figures in the distance. The overall tone is warm and atmospheric.

barn
bú

**Almogávar
sin querer**

**Fernando Lalana
Luis A. Puente**

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 1998, Fernando Lalana, Luis Antonio Puente

© 2010, Editorial Casals, S. A.

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Ilustración de la cubierta: Fabio Sardo

Duodécima edición: septiembre de 2012

Segunda edición en Editorial Bambú

ISBN: 978-84-8343-122-1

Depósito legal: M-34.074-2010

Printed in Spain

Impreso en ANZOS, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Índice

Prefacio	9
Primera Parte. EL CORAZÓN DEL REINO	15
Santa María. Mayo de 1302	17
Baronía de Goreia. Mayo de 1302	49
Agüero. Junio de 1302	66
Mediterráneo. Verano de 1302	75
Segunda Parte. BIZANCIO	81
Constantinopla. Octubre de 1302	83
Bizancio. Noviembre de 1302	93
Anatolia. Año de 1302	99
Bizancio. Año de 1304	117
Bizancio. De 1305 a 1307	125
Baronía de Goreia. Agosto de 1311	139
Castillo de Goreia. Octubre de 1311	157
Epílogo	165
Mapas	166

Prefacio

...**D**ardanelos.

Unos dicen que hay mil leguas de camino hasta Aragón. Otros hablan de dos mil. En realidad, ¿qué más da?

Se acerca un hombre, a buen paso. Por su indumentaria se adivina que no es un soldado, sino un comerciante. Pese a ello Garcés, siempre alerta, acaricia suavemente el puño de su espada.

–Busco a García Garcés, almogávar de Santa María de Carcabiello –declara el recién llegado, con extraño acento.

Garcés frunce el ceño.

–¿Quién lo busca?

–Mi nombre es Gianluca Santandrea. Soy marino y genovés.

–Eso se ve a la legua, señor.

–También a vos se os adivina el origen –sonríe el recién llegado–. Con ese atuendo no podéis intentar pasar

sino por lo que sois: un condenado almogávar. Ahora me gustaría asegurarme de que sois justamente aquél al que busco.

–¿Y qué, si lo fuera?

–En ese caso, debería haceros entrega de un mensaje que traigo conmigo desde Constantinopla. Desde el mismísimo palacio imperial, para ser exactos.

Garcés tarda un instante en comprender.

–¿Un mensaje, decís...? –exclama–. ¡Oh, buen Dios! ¡Un mensaje de... de ella! ¡Entregádmelo ahora mismo!

–Antes debo estar seguro de que estoy ante la persona que debe recibirlo.

–¡Maldito seáis, genovés del demonio! ¡Yo y nadie más que yo soy el destinatario de este mensaje! ¡Yo soy García Garcés! ¿Qué prueba queréis de ello?

–Tranquilizaos. Bastará con que me digáis los nombres de vuestro padre y del padre de vuestro padre.

Garcés mira al comerciante de arriba abajo.

–¿Mi padre? –pregunta, receloso–. Mi padre murió, señor.

–Lo sé.

Garcés se mueve en círculo, sin dejar de mirar a Gianluca Santandrea, que no parece impresionado. Se decide a hablar, por fin:

–Mi padre respondía por García García. Y por Garci Garcés lo hacía mi abuelo.

Sonríe el comerciante, ahora con franqueza, sin duda aliviado por poder concluir la extraña tarea a la que se comprometió. Y extrae de entre sus ropas un pergamino cuidadosamente enrollado, sujeto por un lazo de seda azul.

–No habéis de pagar portes –declara, mientras se lo entrega a Garcés–. La princesa María lo hizo.

El almogávar suelta la cinta nerviosamente y, con dificultad, lee el encabezamiento de la misiva:

*«De María Xenia, princesa de Bizancio
y viuda del César don Roger de Flor*

para

García Garcés.

*En Constantinopla. Principio del otoño del año del
Señor de MCCCVI.»*

Es su letra, sin duda. Grácil y enérgica a un tiempo, tal como él la mantiene en su recuerdo. Piensa en María Xenia y el corazón se le acelera.

Pero cuando en verdad está a punto de perder el sentido es al descubrir, dentro del primero, un segundo pergamino algo más ajado, con muy distinta caligrafía. Nerviosamente lo abre; y descifra las primeras palabras del mensaje con enorme ansiedad.

*«De María de la Vía Lata López de Goreia
para García Garcés, almogávar de Santa María.
Primavera de MCCCVI.»*

Garcés debe buscar apoyo en una peña cercana al sentir que se le doblan las rodillas.

–¿Malas noticias, acaso? –pregunta el marino.

El joven aragonés ha de inspirar profundamente antes de responder.

–Ignoro todavía el contenido de estos mensajes. Pero tenerlos en mi mano ya es motivo para estaros agradecido de por vida.

El genovés, complacido, se inclina levemente.

–La princesa María pagó también los portes de una posible respuesta por vuestra parte –aclara–. Si deseáis hacer uso de esa posibilidad, buscadme en el puerto. Podéis ver mi navío desde aquí. Es aquella nao ligera amarrada al muelle de poniente. ¿La veis?

–La veo.

–Zarparé mañana a mediodía.

–Lo tendré en cuenta. Ahora... quisiera leer con sosiego estas misivas.

El comerciante, empero, no se mueve. Por el contrario, echa en torno suyo una escrutadora mirada, como para asegurarse de que nadie les observa, y se aproxima aún más a Garcés. Le habla en un tono bajo y misterioso, a dos palmos del rostro.

–Junto al mensaje, la princesa me encomendó haceros llegar otro envío, señor...

Sin dejar de mirar en derredor, echa mano a una especie de morral de cuero que transporta en bandolera. Extrae de él un objeto de mediano tamaño cuidadosamente envuelto en tela de arpillera.

Con enervante parsimonia, lo va desenvolviendo.

Queda por fin a la vista un cofrecito de extraño aspecto, forrado de cobre y bronce. En el centro de la tapa bri-

lla el oro de un escudo de armas que Garcés reconoce al momento: Es el de Roger de Flor. Guardando el cerrojo, un sello de lacre con el mismo emblema.

–Como veis, está intacto –hace notar el marino.

Garcés toma el cofrecillo con la mano izquierda y rompe el sello con la derecha.

Tras alzar la tapa, ambos hombres dejan escapar una velada exclamación de asombro. Durante un largo rato permanecen extasiados en la contemplación del espectacular contenido de la arqueta. Por fin, el genovés rompe el silencio utilizando un tono casi reverencial.

–¡Santa Madonna! –exclama en un susurro–. Jamás había contemplado tesoro semejante. Esas joyas han de valer una fortuna.

Garcés ha abierto los ojos de par en par, sin ocultar su sorpresa.

–¿Queréis decir que... que soy un hombre rico?

–Muy, muy rico, García Garcés. Sin duda, el más acaudalado almogávar con el que yo haya tenido trato hasta la fecha.

Primera Parte
EL CORAZÓN DEL REINO

Santa María. Mayo de 1302

Yo nací en Santa María de Carcabiello.

Era aldea de una sola calle, como tantas de por aquí.

Subiendo por ella hasta lo alto del cerro se podía ver, mirando hacia el norte, una abadía más bien vulgar. Y, más al fondo, no muy lejos, las montañas a las que llaman Pirineos. Hacia el sur, la gran val del río Gállego. Hacia levante y poniente, la nada.

Pese a su pequeño tamaño, mi pueblo arrastraba fama de inexpugnable pues no en vano todos sus habitantes éramos almogávares, esto es, mercenarios a sueldo de la Corona de Aragón. Al menos, en tiempo de guerra, que era casi siempre.

El verano se aproximaba, imparable. La cosecha se presumía mala de solemnidad a causa de lo mucho que se alargó el frío invernal. El precio de la sal andaba por las nubes y del marrano sacrificado en el otoño no quedaban sino dos docenas de tortetas de sangre ya mohosas.

–¡Tributos y más tributos! –se lamentó mi abuelo, mientras removía una vez más las tablas de la falsa que ocultaban el reducido tesoro familiar–. Por un lado, el condenado barón; el rey nuestro señor, por el otro... y a los monjes de la abadía algo hay que subirles de cuando en cuando porque como se pasan los días entre tinta y pergaminos, copiando y volviendo a copiar esos escritos viejos...

La abuela Paula sonrió. Sonreía casi siempre, a pesar de las dificultades.

–Quizá nuestro hijo regrese pronto y traiga algo de oro con que seguir viviendo.

–Ya lo puedes esperar sentada, mujer –masculló él–. ¿Sabes tú por dónde anda ahora? ¡En Sicilia otra vez, nada menos! ¿Y sabes tú dónde está Sicilia? Mediterráneo adelante. ¡En la otra punta del mundo, como quien dice! Y son ya tantos meses de ausencia... A veces me da por pensar... ¿Y si hubiese muerto?

–¡Eso ni en broma, Garci! –saltó mi abuela–. Nuestro hijo ha de estar vivo. Vivo y sano. Lo que a mí me da en la nariz, fíjate, es que... podría haber vuelto a casarse.

–¿Allí, en aquellas tierras?

–¿Por qué no? Son muchos años de soledad desde que la pobre Berta murió, al nacer Garcesico.

En un gesto reflejo, se volvieron ambos a mirarme. Pero yo seguí haciéndome el dormido sobre la cadiera, al amor de la escasa lumbre del hogar. Me gustaba engañarlos de este modo. Así podía escuchar sus conversaciones que siempre eran más sinceras que cuando sabían que podía oírles.

—Por cierto —preguntó mi abuela—, ¿qué tal lleva el chico las clases con Alfonso?

Como respuesta, mi abuelo soltó un exabrupto.

Alfonso el herrero

Aunque, por su aspecto y sus maneras, Alfonso Bermúdez ofrecía una primera mala impresión, lo cierto es que era más bueno que el pan de cinta. Bastante bruto, pero muy bueno.

Al contrario que la mayoría de sus paisanos, apenas había ejercido como soldado pues, al regreso de su tercera campaña, decidió colgar las armas y ocuparse de la herrería del pueblo.

Quizá por haber combatido menos, había tenido tiempo de pensar en la manera más adecuada de adiestrar para la lucha a los jóvenes almogávares. Y, tras poner a todo el pueblo de acuerdo en lo valioso de sus métodos de enseñanza, hacía ya casi dos lustros que impartía a diario sus clases de técnica guerrera entre los jóvenes de Santa María y su comarca.

Tres jornadas por semana las dedicaba al endurecimiento físico de los futuros soldados. Otras tres, estaban destinadas a la técnica en el manejo de ferro y chuzo. Los domingos, claro, descanso.

Así, semana tras semana y mes tras mes. La instrucción solía durar entre dos y cuatro años, dependiendo de las aptitudes del aprendiz de guerrero.

Pero en mi caso, todo el pueblo estaba convencido de que una larga vida no sería tiempo suficiente.

–¡Así no, mendrugo! –se desgañitaba Alfonso, al verme manejar la espada–. ¡Que te vas a sacar un ojo, animal! ¡Cuidadooooo! ¡Cuidado no le des al perro!

–¿Las clases, dices? ¡Ay...! Creo que no hay nada que hacer, Paula –se lamentó mi abuelo–. El chico ha salido clavado a su santa madre, que en paz descanse. Guapo sí es, como lo era ella. ¡Pero sirve de tan poco la hermosura en combate! En fin, que yo creo que no hay nada que hacer.

Como una salamandra

Aquella tarde de domingo, el abuelo había convencido a Alfonso para que dedicase un buen rato a instruirme en solitario, a ver si así me era posible recuperar parte de la ventaja que los otros chicos me llevaban.

–Pero si no puedo ni con lo más fácil, Alfonso.

–¡Sí puedes!

–¡Que nooo!

–¡Ajá! Pretendes saber de guerra y guerreros más que yo mismo, ¿no es eso?

–No, Alfonso, no es eso. Es que... me conozco.

–¡Primer error! Nadie sabe de lo que es capaz mientras no se ve en la necesidad de demostrarlo. Y tú, ahora, tienes algo que demostrarme. ¡Venga! El brazo extendido. Sujeta el ferro con fuerza. ¡Así! Apretando fuerte. ¡Fuerte, he dicho!

La postura preferida de Alfonso. El espadón paralelo al suelo, apuntando hacia delante. Y sin mover ni un músculo. Yo no era capaz de permanecer en aquella pose –que, ade-

más, se me antojaba de lo más ridícula— más allá del tiempo que se tarda en rezar el padrenuestro.

—Que... no... puedo... —le advertí, retorciéndome como una salamandra y luciendo en el rostro la expresión de aquél a quien están descuartizando vivo. Alfonso se me acercó a cuatro dedos de la cara.

—¿Lo ves? Así me gusta. El brazo firme, tieso. Como si te lo sujetasen con una cuerda desde el cielo.

—Nommmmpfff... aeggg... —le respondí.

—Aguanta , hombre. Aguanta —repetió, mientras se alejaba una docena de pasos—. Es fácil, Garcés.

—¿Mmmmmiiiiggssh...?

—Y ahora, atácame.

Dejé caer el brazo y miré a Alfonso con sorpresa.

—¿Qué haga qué?

—¡Ya me has oído! —gritó—. Lánzate contra mí con todas tus fuerzas. ¡Vamos, no seas gallina!

—Pero, Alfonso, si yo no...

—Prometo no hacerte daño, Garcés. Vamos, hombre.

—No es eso. Es que...

—¡¡Que me ataques, ridieez!!

El berrido de mi instructor me puso en marcha de golpe. Me lancé hacia delante con toda decisión y traté de describir un buen arco con la espada. Sólo entonces me di cuenta de que, sin duda a causa del anterior esfuerzo, mi brazo derecho yacía en claro sopor. Que se me había dormido, vaya.

No sé qué ocurrió. Ignoro todavía qué extraño movimiento dibujé en el aire con el ferro. Sólo sé que, un instante después, el berrido de Alfonso se transformaba en aullido de dolor.

–iiUuuuaaaaahh!!

Durante un segundo, nos miramos uno al otro con cara de asombro. Pasado ese tiempo, comprendí que había llegado el momento de salir huyendo.

Lo comprendí al ver mi espadón clavado en su pie izquierdo, atravesádoselo de parte a parte.

Como un jabalí

Poco después el abuelo Garci, con cara de circunstancias, majaba en un mortero de madera un manojo de hierbas cicatrizantes mientras el propio Alfonso amasaba el barro que serviría de base al ungüento.

–Parece que fue ayer cuando preparaba este mismo mejunje para la que fue mi primera herida, en una campaña de chicha y nabo contra unos nobles levantiscos, más rebeldes a nuestro rey don Pedro que el mismísimo Judas Iscariote –comentó el anciano, tratando de distraer al herido, que bufaba de cuando en cuando como un jabalí furioso.

–Sí, ya, ya... Entonces fue cuando estuviste a punto de morir ¿no es eso? –preguntó Alfonso.

–¡Quiá! Aquella no fue herida grave. Si acaso, algo bochornosa. Un traidor me propinó tal tajo en la nalga derecha, que estuve varios meses sin poder sentarme como Dios manda.

Alfonso echó a reír, a pesar del dolor.

–Pero ya es cierto –continuó el abuelo– que en un par de ocasiones vi la muerte bien de cerca. Una, por tierras de Berbería, en una correría sin importancia justo antes de que

nuestro ejército arrebatase Sicilia a Carlos de Anjou. Un hombre odioso aquél, dicho sea de paso. La herida del costado, la peor, la que tú dices, la recibí durante unas revueltas de moros en Valencia. Y aun otra bastante seria, en el brazo izquierdo, durante la reconquista de Menorca.

–Mucho hace de eso.

–Sí, mucho. Primero, bajo el mandato del rey don Pedro, el más grande monarca que ha tenido y tendrá este reino. Y luego, durante el reinado de su hijo Alfonso, muerto también hace ya tiempo. Total, esto es lo que me queda tras toda una vida: el honor de haber servido a dos buenos reyes... y una cicatriz en recuerdo de cada campaña.

Garci comenzó a aplicar la pomada sobre el pie del herrero, al tiempo que añadía con cierta sorna:

–Claro, que algunos no pueden decir ni eso, Bermúdez.

–Ni falta que hace. Como bien sabes, tan sólo participé en tres campañas; y ojalá hubieran sido menos. Por cierto que, en la última de ellas, ayudando al rey de Castilla, tuve ocasión de combatir junto a tu hijo García. Después, ambos hicimos juntos el camino de regreso hasta aquí.

Se ensombreció la mirada del anciano Garcés.

–Tú decidiste quedarte, y él... él no.

–Cada cual sabe lo que tiene que hacer, Garci.

El abuelo Garci suspiró largamente.

–Por eso sufro por mi nieto y me desespero viéndolo tan torpón y soñador. Si su padre no regresa en breve, no le quedará más remedio que emplearse en el oficio de las armas. Y no quiero que me lo maten en la primera escaramuza, Alfonso.

–Tranquilo, hombre. Todos estamos para ayudarlo. Y aunque a ti no te lo parezca, algo importante sí ha aprendido en este tiempo.

–No puedo creerlo. ¿Qué es ello?

–Al menos, sabe cuándo es el momento de salir corriendo. ¡Ja, ja!

–Ja.

La Vía Lata

Tras dejar a Alfonso literalmente clavado en el sitio, corrí a refugiarme en mi escondite favorito: una pequeña cueva que se abría en la ladera de la gran peña y desde la que la aldea parecía mucho más hermosa.

Me sentía a gusto allí, no puedo negarlo, lejos de mis paisanos y de sus absurdas manías, dejando vagar la imaginación. Allí no tenía nada de qué avergonzarme.

De repente, un cercano relincho desmanteló mis pensamientos. Desde luego, no podía tratarse de alguien del pueblo, ya que en mi comarca los caballos brillaban por su ausencia.

Con todos los sentidos alerta me deslicé, silencioso como una lagartija, hasta una grieta desde la que podía ver sin ser visto.

Allí estaba. En principio sólo pude distinguir al animal, un hermoso caballo tordo, tan ricamente enjaezado que, de inmediato, supe que sólo podía pertenecer a algún importante señor del valle.

Avanzaba al paso, con dificultad entre los matorrales.

Y en un instante, al descender de una breña cercana, quedó por fin el jinete a la vista.

Sentí entonces una oleada de asombro. Porque el jinete no era jinete sino amazona. Quiero decir, que se trataba de una chica; y no una chica cualquiera; no una chica como otras que yo ya conocía. De eso, nada. Aquella muchacha era la más bella de cuantas yo había tenido ocasión de contemplar hasta entonces. Tuve que frotarme los ojos para convencerme de que no era un espejismo.

Tenía la piel blanquísima y el cabello tan negro que parecía despedir reflejos azulados. Pese a montar a horcajadas como un hombre, la delicadeza de sus gestos la hacía parecer a mis ojos como un ángel de los cielos. Suponiendo que los ángeles sean muy, muy guapos, claro.

De pronto, caí en la cuenta. Era una princesa, sin duda. Tenía que serlo. ¿Qué otra explicación podía tener tanta belleza junta?

Entonces volvió el rostro y su mirada se encontró con la mía. ¡Y vaya mirada! Sin respiración, me dejó.

–¡Por el santo Dios! –exclamó ella, dominando a su caballo–. ¡Vaya susto me has dado!

Yo abrí la boca sin conseguir articular palabra ante la princesa que cabalgaba como un hombre.

–Pero me alegro de encontrarte –continuó ella, recordando su porte altivo–. Supongo que podrás indicarme el camino de regreso a la val. Me he separado de mi padre y de sus acompañantes y, aunque puedo verles allá abajo de cuando en cuando, entre tanto matorral no encuentro el sendero.

Yo estaba sudando. Sudando, y deseando que no se me notase. Logré sonreír y, con un gesto, le indiqué que me siguiese. Conocía una trocha cercana pero la llevé dando un rodeo hasta otra, mucho más alejada. Lo cual me dio ocasión de volverme a mirarla al menos media docena de veces. Y con cada mirada, más maravillosa me parecía.

–Por ahí es –le indiqué, por fin–. No tiene pérdida. Basta con que tengáis precaución y bajéis sin prisa.

Esbozó una sonrisa y emprendió la marcha. Y yo no quería que se fuera. Al menos, no de aquel modo. Así que, con una determinación que me sorprendió a mí mismo, la detuve a los pocos pasos.

–¡Eh, esperad! Ni siquiera me habéis dicho vuestro nombre.

Ella volvió hacia mí sus ojos, grandes y casi tan negros como su propio cabello.

–¿Por qué habría que hacerlo? –preguntó en un tono casi despectivo.

Y me encontré bajando la mirada, avergonzado. No sabía qué replicar. Por aquel entonces, yo carecía en absoluto de experiencia en el trato con princesas y, sin duda, había cometido una grave felonía al osar dirigirle la palabra de aquel modo.

Recuerdo haber musitado una torpe disculpa mientras comenzaba a alejarme. Entonces, ella volvió a hablar; y me pareció descubrir en su voz un tono menos distante.

–Ya que lo preguntas... soy la hija menor del barón de Goreia, el señor de estos contornos.

¡Zas! Ya lo sabía yo. La hija del barón, nada menos. Si mi abuelo se entera...